

ÉL MURIÓ A LOS 53 AÑOS

Por Miguel Ángel Torres Vitolas

Conozco muy bien el aspecto de quienes vuelven a la vida: lo he visto muchas veces. Tienen una expresión de horrible aburrimiento, y esa expresión es la que a mí me gusta. *Sotoba Komachi*, Yukio Mishima

En todo caso, no recuerdo nada antes de subir al auto. Nada. Mi memoria asume para todas las mañanas de partida al colegio hechos menores como el frío y la neblina, yendo por mis ojos, abrazando las calles y las personas, recorriendo los cuartos en sombra de la casa. Debo suponer, además, el jugo de papaya, la televisión encendida, el himno nacional horripilando en la radio y mi padre que tomaba el desayuno. Pero debió haber algo más, algún gesto antes de que saliéramos, algo que a mis diez años no pudiera notar. Yo sólo cargué mi lonchera, mi mochila, me despedí de mamá -casi estoy seguro de que papá también lo hizo-. Y salimos.

Mi padre era un sujeto de cerveza y televisión. De fútbol los fines de semana y la compañía estridente de sus amigos gordos o calvos. Una sonrisa empezaba siempre en su cara, bajo su bigote grueso. Tenía el pelo lacio, un poco largo. Era gordo y se quedaba todos los días dormido frente al televisor. Exceptuando esa mañana, siempre pude prever lo que haría, cómo y aún sus mismas palabras. Él murió mucho después, a los cincuenta y tres años, un día que hoy ya no consigue conmoverme.

Lo que es aquel día, él no limpió la luna delantera del carro. Se limitó a subir y asegurar su puerta y la mía. Tampoco encendió la radio. Yo no le di importancia a nada de esto. Eran detalles, solamente, en los que entonces no podía ver mucho más. Seguro debí estar pensando en alguna tarea o si me había olvidado de llevar el compás y la libreta de control.

- Hace demasiado frío -dijo él, antes de encender el auto, frotándose las manos.

Nuestro carro era un volkswagen ruidoso, redondo y azul. El forro de los asientos se descubría en algunas partes y el espejo tenía una pequeña rajadura que parecía siempre haber estado ahí. Luego de algunos minutos de iniciado el viaje, mientras él aún hablaba de alguien desconocido o de algo que le había ocurrido en el trabajo y lo hipócrita que es la gente, yo me solía quedar dormido. Era ése un mal sueño del que despertaba a cada rato, para encontrarme confundido con el trayecto gris de casas que ya conocía. Me alentaba todos los días la tonta esperanza de que por cualquier motivo no iría al colegio -con suerte el carro se podía malograr o el tránsito hacerse imposible-. Yo entonces odiaba el colegio e incluso le tenía temor. Lo que me gustaba era quedarme en casa, estar en la sala y dibujar combates en mis cuadernos.

El viaje hasta el Salesiano -en la avenida Brasil- duraba cerca de una hora. Mi padre, invariablemente, me dejaba en el portón del colegio con un paquete de galletas que compraba entonces a un ambulante que se paraba siempre en una esquina con su carretilla. Luego aplastaba su mano en mi cabeza y se iba a su trabajo.

Esa vez, en un momento en que abrí los ojos, me encontré solo en el auto. Él no estaba y el viento pasaba por la luna abierta de la puerta. Las llaves estaban puestas, quietas. Con sueño aún, descubrí que estábamos en un grifo. Uno desconocido, amarillo y blanco. Las casas más cercanas eran irreconocibles, así como la avenida de al lado, por la que atravesaban varios camiones grandes. Papá había bajado y le decía algo al joven que echaba la gasolina. Éste, en un uniforme opaco y sucio, lo miraba con la boca abierta y se rascaba la axila. Después de verme despierto, papá pagó y volvió a subir.

- Vamos a ir por un nuevo camino -dijo.

Me miró mientras encendía el auto.

- No es por nada. Vamos a coger un camino nuevo. Ya vas a ver.

Entramos en una avenida inmensa y veloz. Poco a poco, empecé a reconocer algunos lugares: casas, monumentos verdes de bronce y parques secos. Noté que nos acercábamos al colegio, aunque no fuese por el camino usual. Cuando estuvimos a una cuadra, papá se detuvo. Vimos a varios chicos, en uniforme escolar, empezando a entrar. Papá volvió a avanzar, pero viró de pronto y dejamos atrás la avenida Brasil y el Salesiano. Alguna alegría encontré en su rostro serio, porque me reí bastante y él, después, hizo lo mismo.

Fuimos entonces por las calles tempranas y comerciales de Miraflores, un entrevero encendido de avenidas, de jirones que no conocía. El auto fue hasta por un malecón. El aire ahí hedía a mar y un vaho inmenso confundía las aguas sucias, las nubes, la orilla de piedras y bolsas plásticas. Unos jóvenes en uniforme militar caminaban con las manos en los bolsillos. No sé cómo, ni por dónde, volvimos a la Brasil. Yo por ratos ya ni miraba afuera. Era aquello tan increíble, a esas horas, ese día, que de la profunda felicidad que podía sentir por segundos, pasaba a preocuparme y no saber qué hacer. Mis ojos iban a ver a mi padre, que había dejado de reír y sólo conducía, sin decir nada, sus ojos detenidos hacia el frente. Señalaba a veces algo o alguien con un dedo de la mano izquierda, detenida en el volante, pero no llegaba a hacer comentario alguno. El gesto en su cara tampoco era claro. Cuando estuvimos otra vez cerca del colegio bajó la velocidad y miró su reloj. El portón del colegio estaba abierto; los alumnos entraban, otros se apresuraban por hacerlo. Varias madres, envueltas en sus chompas y chalinas, conversaban entre ellas. Él observó por el retrovisor.

- ¿Tienes hambre? -me preguntó.

Hice que sí con la cabeza. Esta vez estuvo cerca de detenerse. Yo tenía ya la mano en la manija para abrir la puerta; vi a algunos compañeros, ellos me vieron. Pero papá volvió a acelerar el auto y empezamos a dejar el colegio atrás, nuevamente. Aún tienes tiempo, me dijo. Yo miré mi reloj; en realidad sólo faltaban algunos minutos. Sí, dije, tengo tiempo sobrado. Los dos nos miramos y sonreímos.

Dimos la vuelta por algunas calles cercanas, buscando un lugar donde comprar algo. Mi padre detuvo el carro junto a una panadería-cafetería. Me dijo que bajara y repitió que aún teníamos tiempo. Yo bajé con mi mochila y mi lonchera. Al sentarnos a la mesa, papá tomó mis cosas y las dejó en una

silla que quedó libre. Junto a nosotros, se paró el mozo, un joven flaco con la cara llena de granos.

- Te gustaría chocolate, ¿no?

Yo hice que sí con la cabeza.

- Bueno, pues, serán dos chocolates. Y para comer -se volvió a verme-. ¿No quisieras algo para comer? Mira allí, qué quieres -me señaló con el mentón hacia el mostrador.

Había tortas de crema coronadas con fresa, porciones de pizza envueltas en plástico, había sanguches, budín y yogurt envasado. Encontré la pizza irresistible y la pedí.

- Dos chocolates, una de esas pizzas y una porción de la torta de ahí -dijo mi papá al mozo.

Sonrió como si estuviera absolutamente feliz y se sopló las manos juntas.

- Cuando yo tenía tu edad, o un año más, tal vez, me volvían loco los merengues. O suspiros, no sé bien cómo les llaman -miró hacia la calle, hacia el frío de las personas que aparecían rápido por la acera, la reja del banco del frente que se abría-. Me gustaban bastante.

Al lado nuestro, desayunaban unos tipos gordos de terno con una mujer ruidosa de pelo rubio, muy maquillada. Conversaban haciéndose bromas a cada instante y de rato en rato, ella chillaba una carcajada. En otra mesa, con lentitud, un viejo de saco a cuadros bebía a sorbos un café.

Yo miraba a mi padre, sin saber qué decirle. Tenía fe en que la hora se nos iría y ya no podría entrar al colegio. No importaba que él viera de rato en rato su reloj. Ya era muy tarde. Tendría que mandarme de regreso a casa y me pasaría la mañana viendo la televisión o hablando con mamá en la cocina. Él me veía sin entender lo que iba por mi cabeza y sabe dios con la mente en dónde.

- A veces, yo me pongo a pensar en cómo será contigo. Ya sabes, lo que irás a hacer, si serás así distinto como pareces, -extendió los labios. Iba a decir algo más, movió las manos hacia adelante, pero llegó entonces el mozo con la bandeja. Fue dejando una por una las tazas y las porciones de pizza y torta; los cubiertos envueltos en servilletas de papel. El chocolate humeaba. Él intentó continuar-. O sea, sólo lo pienso. No sé. Toma, vamos, antes que se enfríe.

Yo mordí la pizza y miré el queso extendiéndose cuando apartaba la porción de mi boca. Era como un elástico amarillo y ardiente, delicioso.

Tomamos lo que habíamos pedido con bastante calma. Él me preguntó qué cursos me tocaba hoy día, pero no pareció oír nada de lo que le dije. A cada momento se detenía atraído por un ruido, por alguna triste atracción pequeñita que anduviese por el aire sólo para él. Mostraba una sonrisa entre formal y descompuesta, que iba hacia la superficie de la mesa. Con dos dedos de la mano se regresaba el mechón de pelo que nunca dejaría de caer sobre su frente.

- Sabes, el otro día un policía me detuvo cuando volvía a casa -empezó a decir-. Serían como las seis y treinta, en la Túpac Amaru.

Asentí, miré al reloj. Ya habría sonado el timbre y todos estarían empezando a formar en el colegio. Aunque nos fuéramos entonces, encontraríamos el portón cerrado. Cuando estuviese en casa le diría a

mamá que me prepare un ponche con azúcar y lo comería sentado en la sala.

- El policía decía en un comienzo que mi carro estaba requisitoriado por robo -agrió la voz-. No sé qué vaina había, en verdad. Yo le enseñé mis documentos y volvió a revisar todo -sonrió de manera lánguida-. Después de todo un rato así, discutiendo, al final se disculpó y tuvo que dejarme ir. Parece que por un número mi placa era distinta de la del otro carro -sonrió otra vez-. Tombo idiota -negó con la cabeza-. Ni sé por qué me acuerdo de eso ahora. No lo sé. A veces me gusta imaginarlo todo diferente. Esta mañana me levanté y -me miró a los ojos-. Carajo, no sé cómo decirlo. Perdón.

En la otra mesa, aquella mujer reía abrazando al gordo de terno más oscuro. Mi padre pareció seguir su risa al verla. Se volvió a verme. Cómo será contigo, dijo. Luego vio la hora, y es mejor que te apures, ya es hora, añadió.

Lo demás aconteció con bastante rapidez. Debí terminar el chocolate, comer la pizza en el camino y perder mis ilusiones de faltar al colegio, cuando mi papá habló con el portero para que me dejara entrar. Se despidió de mí haciendo adiós con la mano. No vi su cara, ni lo vi partir con el carro. A mí me castigaron por la tardanza y estuve por una hora parado en el patio central, antes de poder entrar a clases.

Lo que ocurrió ese día en el colegio no lo recuerdo. Volví a mi casa envuelto en un vacío de sol y microbús. Pensaba en mi padre de una manera hueca, sorprendida. Miré televisión toda la tarde y avancé parte de una tarea para el día siguiente.

Conservo con claridad una imagen más: a las siete, como todos los días, mi papá llegó cargando su maletín marrón. Lo dejó sobre la mesa, saludó a mamá como siempre, a mí me miró y me preguntó cómo me había ido. Algunas horas luego, echado sobre el sillón largo, se quedó dormido, sin terminar de ver el partido que transmitían por televisión.

Miguel Ángel Torres Vitolas (Cusco, Perú, 1977)

Narrador. Vive en París, donde estudia el DEA en Recherche cinématographique et audiovisuelle, en La Sorbonne. Es licenciado en Lingüística por la Universidad Católica del Perú. En la Universidad de Toulouse II Le Mirail obtuvo la maestría en Ciencias del Lenguaje. En su país de origen, ha merecido varios premios literarios. Tiene publicado el libro de cuentos Animales Baldíos (Lima, 2001). Correo de contacto: mgtorresv@hotmail.com